

J. R.

**THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT CHAPEL HILL**



**ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES**

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL



00020462606



+

SONETOS

THE LIBRARY
THE UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA
AT CHAPEL HILL



LEOPOLDO DIAZ


PQ 7797
-D5
567
1899

SONETOS

BUENOS AIRES

Imprenta, Litografía y Encuadernación de Jacobo Peuser

1888



Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

<http://archive.org/details/sonetos00dazleo>

PRÓLOGO



PROLOGO

I.

Encontradas emociones trabajan mi espíritu al cumplir con la delicada misión que se me ha impuesto de escribir un prólogo para el presente libro, debido al privilegiado talento y á la fecunda imaginación del poeta D. Leopoldo Diaz.

No dejo de conocer que es grande el honor que se me dispensa, al constituírseme por inmerecidas bondades de amigos queridísimos, en éco sincero y fiel intérprete de ideas y sentimientos que están en la conciencia de los que estiman en lo mucho que vale y en lo mucho bueno que promete el joven Diaz; pero el temor se apodera de mi alma al considerar la pequeñez de mis facultades, y saber, como sé de antemano, lo muy poco que en provecho de una obra pueden hacer los críticos, constituidos como decía Lope de Vega, en zaguanes de las casas de otros. Gene-

ralmente, los tales zahories no consiguen, á mi juicio, otra cosa, que escribir cuartillas y más cuartillas con criterio estrecho unas veces, y apasionado otras, donde á su modo de saber ponen de relieve bellezas, que siéndolo, no necesitan de apuntadores para ser sentidas y apreciadas, y en las que aprueban ó reprueban excátedra, dando mucho que reir con su ignorancia, ó que llorar con su soberbia.

Esto, no obstante, muéveme á romper con mi habitual silencio el acicate de la amistad, siempre poderoso, y las relevantes dotes que concurren en el Sr. Diaz, con las cuales tan vivas y afectuosas simpatías despierta en quien de cerca le conoce y trata. Si no temiese ofender su excesiva modestia diría, afirmando lo que otros han repetido anteriormente, que el autor de la presente colección de poesías se revela como un amador entusiasta de todo aquello que en la esfera del arte tiende á levantar el nivel de la cultura social y del progreso humano, y que si no como un poeta perfecto, se destaca como una de las esperanzas que más dignifican y enaltecen á la juventud argentina.

Al verlo con fiado en sus propias fuerzas abrazarse al estudio con todo el ardor de su juvenil corazón; al verlo cómo con frase levantada, estilo fluido y abundoso, y muchas de las galas con que se enriquece y dora la lengua castellana, viene sin designios impuros al anchuroso campo en que los

genios se afanan por encontrar al calor de pacíficas discusiones, el ideal tras que se agitan y corren; juzgo que el porvenir prepara al Sr. Diaz en su hermosa patria, iluminada desde su cuna por la radiante luz del espiritualismo poético, palmas y laureles tan solo reservados para los que poseídos del entusiasmo creador, que como cadena de oro une al hombre con lo Infinito, conciben, abstraen, y dan forma sensible á ideas perfectas que se traducen en obras inmortales.

Por desgracia, no es la época presente la más adecuada para arrojar suspiros poéticos, gemidos de amor ó de esperanza, sobre una sociedad hondamente trabajada por el que pudiéramos llamar exceso de civilizador excepticismo. Los arduos problemas que nos asedian con angustias indecibles; las aspiraciones atormentadoras que en todas las almas despierta el incesante batallar en que nuestras fuerzas se consumen y nuestra sensibilidad se embota; el choque violento y espantoso de los intereses del pasado con los del siglo en que vivimos; el egoismo, la hipocresía y la sed de oro, son parte á que los hombres de corazón y de inteligencia se sacrifiquen siempre en aras de medianías estériles y audaces, y contribuyen á que un oscuro negociador de Bolsa ó un afortunado especulador en tierras, valga más que todos los talentos juntos; los cuales, si la suerte no les

sonríe por otro lado, tienen la seguridad de morir como Cámoens ó como Cervantes, sin dejar á sus hijos más fortuna que la que representan sus obras, ó la que nace del ejemplo de sus grandes virtudes.

Sin que nosotros creamos que las sociedades de hoy son las recostadas muéllé é indolentemente en las gradas del circo romano, sin fijarse en el polvo que á lo lejos levantaban los caballos de Atila; sin que nosotros tengamos por cierto que los pueblos actuales, como asegura un estadista distinguido, se parecen en algo al de Constantinopla disputando de teología mientras Mahomet II arrojaba las páginas del Coran sobre la cúpula de Santa Sofía, ó al de Babilonia apurando la copa de los placeres, en tanto que esperaban despertarle de su sueño de embriaguez los soldados de Ciro; sin que sigamos ninguna de estas opiniones, en razón á qué explicar ciertos sucesos por la corrupción de costumbres sería crear el excepcionalismo en la historia, y pudiera fácilmente probarse que á través de sus vicios orgánicos el mundo sigue su magestuosa marcha hacia el cumplimiento de altísimos designios; sin que seamos, en fin, pesimistas, bien podemos decir que así como en el ser individual el pensamiento precede á la acción, en la vida de los pueblos también las ideas preceden á la realización de los grandes

acontecimientos que la historia consigna en todas y cada una de sus páginas.

La literatura y no los fusiles; la poesía y no la *razón suprema* de las balas; los genios con sus acentos de justicia y sus voces proféticas, y no la impaciencia febril y gárrula vocinglería de la especulación y del agio; los sacrificios de los santos y de los mártires de todas las creencias, tan atentos al bien de los otros, cuanto olvidados, no se sabe por qué extraño y grandioso fenómeno, de los móviles que arrastan la voluntad y los actos de los demás, y no el culto á divinidades pasajeras; son las únicas fuerzas positivas que las naciones han utilizado siempre que han querido afianzar el magnífico edificio de su bienestar, siendo el desenvolvimiento de la idea en las esferas del arte el único factor á quien la humanidad debe sus triunfos más gloriosos é imperecederos.

Nadie puede poner en tela de juicio que merced á sus grandes poetas líricos y dramáticos la Germania ha llegado á ser un imperio fuerte y poderoso; que solo apoyada en su literatura es hoy una la raza eslava y una la Escandinavía; que la Italia debe la gloriosa resurrección de su unidad nacional, fraccionada hasta hace pocos años en reinos y ducados que eran una verdadera usurpación, más á la acción lenta pero perseverante y fructuosa de sus grandes artistas, que á las espadas invencibles

de Victor Manuel y Garibaldi; que apoyada por el movimiento de ideas que ha seguido al torpe, brutal y degradante espíritu de conquista que encarnaron el duque de Alba y el marqués de Santa Cruz, y que hoy vive en las puras y serenas esferas del arte literario, mucho más que en las aspiraciones de los políticos, se realizará en un periodo lejano, pero seguro, la unión de España y Portugal; y finalmente: que la independencia americana en cuyas aras se firmó el pacto de la fraternidad universal, y se arrodillaron en éxtasis divino todos los hombres libres de la tierra, es otra cosa que la mano oculta de Dios tomando bríos y carne en la de guerreros ilustres, que avivan su entusiasmo y purifican su patriotismo en la suprema expresión del verso resonante, hijo de musas acaloradas por las pasiones candentes de luchas homéricas, cuyo definitivo desenlace es un triunfo para la humanidad y un paso de gigante que se da en el inmenso camino de la civilización.

No es justo, pues, menospreciar las manifestaciones del arte, fuente purísima de donde brota en manantiales riquísimos el germen de esos pensamientos grandiosos y de esas profundas teorías que han transformado las sociedades, y donde el genio encuentra la llama con que comunica vida al mármol, expresión al lienzo, pasiones á la armonía, belleza al verso: hermosuras todas que forman esa

escala de brillantes piedras de que la humanidad se vale, como Jacob en sus sueños, para subir á engolfarse en el ideal supremo é infinito.

Cierto es que no obstante su excesivo apego á los progresos materiales, las naciones americanas tienen actualmente dentro de su constitución orgánica mayores elementos de cultura que en épocas anteriores, pero no por eso están exentas de graves defectos. A la aristocracia de los días del coloniaje ha sustituido hoy otra más absorbente y depresiva, compuesta de banqueros, de negociantes, de montoneros de trastienda, los cuales pregonan en todos los tonos que la moral es el sistema de enriquecerse; que las sociedades son tanto más sabias cuanto más habilidad despliegan en el mundo de las especulaciones, y que solo son felices cuando el frío glacial de la duda consigue sofocar en ellas todos los grandes y sublimes entusiasmos.

Por ese camino los pueblos pueden tener hombres de posición material desahogada, entusiastas adoradores de Epicúreo, pero rara vez llegan á enorgullecerse con grandes caracteres como Washington, como San Martín, como Bolívar; los cuales nunca creyeron que el mercantilismo y el cálculo fuesen las bases del bienestar humano, que si en algo estriba es en el desarrollo de todos los progresos en línea paralela, pero buscando

siempre en el arte el principio de su unidad, basado en el sentimiento.

Nadie podrá negarnos que la fuerza que da cohesión á los pueblos, es el patriotismo; y éste ideal no reside ciertamente en las teorías de la llamada escuela utilitaria, sino en la vasta unidad del saber artístico, que es ciencia, que es política, que es religión, y que es, en una palabra, el único factor que impulsa todas las energías y que crea con el cariño al hogar en que nacimos, héroes como los de Bailén y Zaragoza y mártires como los de Junín y Ayacucho.

II.

Espuestas á guisa de exordio las anteriores consideraciones, vamos á presentar á grandes rasgos otras que juzgamos indispensables para entrar de lleno en el análisis de los Sonetos que contiene el presente volumen.

Principiaremos por decir, aunque es axiomático, que la poesía lírica comparte hoy con la novela la supremacía en los dominios de la literatura, si bien debemos consignar que la primera aventaja, á nuestro humilde entender, á la segunda como obra artística, en cuanto á que nacida de la contemplación del ideal en su concepto más puro, se

la ve transfigurarse al pasar por el mágico prisma de la imaginación que la colora, presentándose siempre como la revelación más sublime del espíritu, como la expresión estética que más pura y directamente pone de manifiesto los sentimientos del alma.

La poesía lírica ha tenido una importancia extraordinaria, no solo en el mundo antiguo que hizo de Apolo y Orfeo dos expresiones vivas y animadas de lo que entonces era una realidad en el origen de la Grecia, sino que en el progreso de las edades ha sido y es la manifestación más general y culminante de la verdad, bellamente sentida y bellamente informada.

En la República Argentina, que como todos los países jóvenes, vive y ha vivido más por el sentimiento que por la razón, la poesía lírica, aparte de ser la que más principalmente ha alimentado el fuego de toda inspiración noble y elevada, es la sola que, con algunos trabajos históricos y jurídicos, merece los honores de la crítica, no tanto por haber conseguido echar hondas raíces en el corazón del pueblo, cuanto por ser la única que ha producido frutos de vida llamados á perpetuarse en la memoria de las generaciones. El amor con sus suaves armonías, la religión con sus voces solemnes, el derecho con su incomparable coro de bellezas, la política patriótica con sus abnegaciones espartanas, la revolución con sus grandes

elementos de justicia, los ideales de la democracia desenvolviéndose sin reaccionarias impurezas; todos estos elementos y otros muchos que pudieran enumerarse, han poderosamente contribuido para que los hijos predilectos de la musa argentina, erigiéndose en intérpretes del pasado y en profetas del porvenir, abarquen con mirada de águila los múltiples aspectos de la vida privativa y recóndita de la América, sientan los ecos y las palpitaciones de la humanidad, y teniendo por lema la independencia, la unidad nacional y la libertad, nos den cantos cuya hermosura se acentúa merced al uso de gallardos tropos y de elegantes metáforas, y en los que tan admirablemente se combinan las cadencias de un ritmo que solo sabe imprimir á la poesía lírica la violencia de las pasiones, encendidas en la llama que brota del corazón como de un horno caldeado.

Dicho se está, que al expresarnos así, nos referimos á la poesía legítima, no á la bastarda que en los palenques de la gloria se exhibe sostenida en el brazo de histriones carnavalescos, y cuyo único fin es la chanza atrevida y grosera ó el descarnado chiste bufo; manifestaciones antiartísticas que nada tienen que ver con ese mundo de acciones levantadas, generosas y sublimes, que los verdaderos poetas ponen en movimiento con dulcísimas emociones colmadas de bellezas.

Todavía no se ha escrito la historia de la brillante poesía americana, pero prescindiendo de los primeros ensayos que nada bueno presentan á la consideración del crítico, bien podemos asegurar que la lírica argentina es, como encarnación del sentimiento de la independencia, la matrona robusta que sobre sus hombros lleva todo el peso de la gloriosa revolución de Mayo, y el espíritu que invade el mundo político y social, con la poderosa espada del verso. Pudiera decirse que detrás de aquellas vibrantes estrofas patrióticas, tan admirablemente analizadas por el ilustre literato Don Juan María Gutierrez, y con las cuales se divinizaba el hecho inmortal de la emancipación, no se escuchaba tan solo la voz del vate inspirado: se escuchaba una voz, sí, pero esa voz, como dice un pensador tan modesto como eminente era coreada: detrás del poeta cantaba todo un pueblo.

Terminada la lucha, la poesía argentina se encuentra frente á frente con la solución de problemas nuevos, en razón á que el ideal de la patria, surgiendo de las sombras del coloniaje, se ensancha en el hecho y en el espíritu, y por eso se ve luchar un dia y otro al lirismo para dar forma artística á emociones y sentimientos que no habían podido tener expresión en la vida embrionaria y dependiente de la metrópoli. Como es natural y lógico, con la incorporación al orga-

nismo nacional de las necesidades que en todos los órdenes exigían sus nuevos movimientos, no automáticos, sino libres é independientes, surgió para los poetas una dificultad muy difícil de vencer por el momento, y que no era otra que la que se hace sentir siempre en las esferas del arte, cuando la magnitud de la obra estética supera á los medios intelectuales que se disponen para espresarla.

Aun cuando casi perdida la forma exterior en el sentimiento, vemos que la poesía argentina, después de afianzada la independencia, hace causa común con la política enemiga del caudillaje, refractario al progreso y á la civilización que representan las clases más educadas, y á esta circunstancia y no á otra débese en gran parte que el reino ideal y sereno de los poetas se presente como una tempestuosa protesta en contra de la barbárie, y que sus cantos sean, más bien la voz exaltada del tribuno proscrito, que la producción imaginativa que alcanza su más completa espresión en el tranquilo culto á la belleza.

Es innegable, pues, que el tumultuoso empuje de las pasiones, en guerra constante con la dictadura, impide á los poetas argentinos del segundo tercio de este siglo la observación reposada de nuevas ideas, y no tan solo les priva de

distinguir con acierto entre el material de oro llamado á perpetuar la obra artística y los fulgurantes oropeles que cimentan la de vida momentánea, sino que apenas si les consiente, en aquella época de confusos contornos, otro trabajo que el de hacer plausibles ensayos por encontrar el fondo y forma finales que debían imprimir sello característico á sus concepciones, vaciándolas en moldes ricos é inalterables.

A existir entonces la paz y la libertad, fácil nos es calcular la poderosa ayuda que hubieran una y otra prestado al genio en plena posesión de sus dominios. Para encontrar un poeta que entre los de aquellos días se le vea fecundamente esforzarse por reducir el ideal del pensamiento americano á expresión ordenada y rítmica, y ensanchar, por decirlo así, los dominios de la lírica nacional, es preciso llegar hasta Echeverría, cantor el más notable de la República Argentina y el único que, según nuestros estudios, sintió en su época el valor del espíritu artístico. Ciertamente que no siempre da señales claras, como Juan Cruz Varela y otros mediocres pseudo-clásicos, de que la hermosura del arte antiguo haya penetrado en su naturaleza de modo que afecte á sus propias creaciones, pero nadie como Echeverría principia por posesionarse del sentido general de la poesía americana, nadie como él invade, aunque bajo la presión de influen-

cias románticas, el arsenal de los recuerdos, de las costumbres y de las creencias del pueblo argentino; nadie como él fija en las primorosas ficciones de su lozana fantasía el vago rumor de las florestas vírgenes de la América, la magestad severa é imponente de la Pampa *con su horizonte infinito—con su gala de verdura—y su vaga ondulación*, así como los sentimientos nobles y las geniales intuiciones del gaucho; nadie como él, en fin, objetivando en el crisol de su genio sublime la conciencia entera de una gran parte de la sociedad en que vive, acomete y realiza la empresa titánica de dar á la poesía lírica de su país una vida independiente, peculiar, original y sin mezcla alguna de extranjerismo, levantando con *La Cautiva* un monumento soberbio, en el cual el alto concepto del arte se realiza en la plenitud de su esencia.

Otro de los vates que con Echeverría comparte los laureles de la lírica argentina es Mármol, cuyo genio no tuvo á mi juicio, por más que lo pretendió, suficiente fuerza para ensanchar los dominios de la poesía nacional. La más elevada ocupación de sus versos fué la de reflejar, ora el odio que le inspiraba la repugnante tiranía de Rosas, ora los dolores de una musa nostálgica y apasionada á la manera de Byron y Espronceda, pero sin penetrar como los autores de *Parisina* y *El estudiante de*

Salamanca, en los profundos misterios del corazón humano. Cierta esplendor retórico, pero sin ilustración, y una forma más bien apasionada que correcta, son las cualidades que resaltan en sus producciones, tanto líricas como dramáticas. En todas ellas, es cierto que se ve siempre al poeta, pero sin el supremo don del artista.

No puede negarse, sin embargo, que Mármol abrió, aunque de un modo incompleto, vías nunca holladas antes por el genio americano, aportando á la vida del arte rico y valioso material de nuevas emociones. Lástima grande que en vez de esforzarse por presentar peregrinaciones y sueños descabellados, que no tenían más que una realidad poética muy discutible; lástima, repito, que en vez de trabajar por infundir existencia permanente á un orden de ideas y de sentimientos llamados á desaparecer, no hubiera Mármol empleado sus grandes facultades en edificar con los materiales que á su alrededor tenía; únicos indudablemente, que, en el firme terreno de su inteligencia, pudieran haberle servido para levantar templos donde el alma de la patria argentina depositase los tesoros de su amor y de su culto. Solo por reverente obediencia á la verdad y por amorosa é inmediata dependencia de la naturaleza, tal como la conocemos, pueden los artistas conseguir perpetuas y duraderas victorias.

Para concluir estos rasgos lijeros que venimos trazando de los dos más grandes poetas de la República Argentina, en su primera época literaria, diremos que aun cuando Echeverría es superior en genio y cultura á Mármol, los dos son individualidades poderosas que á su alrededor condensan las más altas y superiores ideas de su tiempo, y que bien merecen con la estatua que para el primero desea el distinguido crítico y literato Don Juan A. Argerich, un examen más detenido que el nuestro, no solo por la trascendencia de sus fines y por los resultados de su empresa, cuanto por las levantadas y patrióticas intenciones que inspiraron, en aquellos luctuosos días, su verbo poético y su fecundidad artística.

III

Ahora bien: ¿cuál ha sido la suerte de aquellos laudables esfuerzos realizados hasta mediados del presente siglo por nacionalizar la poesía argentina, dotándola de elementos cuya importancia y valor fué el primero en descubrir y utilizar el inspirado y potente genio de Estéban Echeverría?

Para contestar á esta pregunta sería necesario

que nosotros repitiésemos una por una las ideas que tan brillante y concienzudamente ha expuesto en el mejor de sus juicios críticos el catedrático Don Calisto Oyuela, de reconocida autoridad en la materia. Decididos, sin embargo, á prescindir en este prólogo de toda disertación larga y enojosa, y á no ampliar ó reflejar opiniones ya enunciadas por otros escritores con admirable precisión y acierto, cumple á nuestros propósitos decir que la influencia de Echeverría no ha sido tan decisiva como era de esperarse en los trabajos poéticos posteriores, puesto que si se exceptúan algunos cantos populares y alguna que otra composición de baja ley, la moderna literatura argentina, en su expresión más propia y original, no cuenta desgraciadamente con muchos poetas que, como Rafael Obligado, hayan sabido llevar á sus producciones *el sabor de la tierra*, y convertir en símbolos á los héroes de la epopeya nacional, que aun transfigurados por el entusiasmo y devoción del pueblo, como Santos Vega, por ejemplo, constituyen un principio, un ideal que no se pierde nunca entre las sombras del pasado, sino que dibujándose en los horizontes del porvenir, su espíritu debe precedernos cual antorcha que las generaciones á su paso encienden, no tanto para alumbrarnos sin limitación de tiempo, y calentar nuestras almas en el rodar de

los siglos, cuanto para vivificarnos con los destellos sagrados de la tradición y de la leyenda, y recordarnos en las crisis supremas los deberes que tenemos contraídos por origen y por naturaleza, para con la patria y la humanidad.

Inútil creemos decir que al hablar de Rafael Obligado, como del poeta más argentino que conocemos, después de Echeverría, no es nuestro ánimo presentarlo como el primero entre los primeros, sino como el que mejor ha sabido, emancipándola de toda imitación servil y amanerada, infundir á la lírica de su patria esas propiedades de fondo y forma que no dependen, que no pueden depender de la voluntad ó del capricho del artista, sino de lo que la poesía americana debe ser á diferencia de toda otra poesía. Prescindiendo de lo que las bellas artes tienen de fundamental y permanente, ninguna de ellas es mecanismo fatal que funcione con absoluta independencia del medio en que se producen, y tanto es así, que cada pueblo presenta en su evolución elementos, rasgos y caracteres que al artista no es dable alterar en sus obras, bien siga en ellas los procedimientos de la escuela clásica de Homero, bien los de la romántica del Dante, ó bien los de la no sabemos por qué, llamada *nueva escuela naturalista* de Zola.

Hagamos que por un esfuerzo poderoso del espíritu invasor del progreso moderno, la América

toda se llene de ferrocarriles y telégrafos; que el rancho del gaucho desaparezca para ensanchar los dominios de la colonización europea; que broten como por arte de encantamiento en las vastas extensiones de la Pampa, mil ciudades nuevas como la rica y extensa Buenos Aires, cruzadas por tranvías, llenas de cafés, teatros, restaurants, tiendas de bisutería, & &; hagamos que las modas del pueblo que Victor Hugo llamó *cerebro del mundo*, reemplacen en su totalidad á los vistosos trajes del campesino americano; que el blanco y alto cuello planchado forme á veces pintoresco contraste con una piel más ó menos negra, más ó menos aceitunada; hagamos que por todas partes el *pale ale* y el *Champagne* sustituyan á la *chicha* y al *mate*; hagamos que se perfeccionen nuestros gustos estéticos y se *modernicen*, como diría Sarmiento, hasta el punto de ver en la música de Lecoc y Offembach, en las provocativas piruetas del *can-can* y en la lucha de los boxeadores, algo más bello y hermoso que en las *tristes*, el *yaraby*, el *gato*, la *zamacueca* y el elegante y caballeresco juego de la sortija; hagamos, en fin, que el viso exterior de la naturaleza por Colón descubierta se oculte bajo la capa de un barniz esencialmente cosmopolita; siempre resultará que en el fondo los americanos se seguirán diferenciando profundamente de los europeos, á la manera que entre

sí se diferencian un francés de un alemán y un ruso de un español.

Decimos esto, para venir á demostrar que esas imborrables diferencias constituyen para el poeta que quiere ser nacional, el círculo en que debe moverse la libre acción de su fantasía creadora; decimos esto, con el fin de hacer ver que si el artista quiere acertar en sus trabajos, dándoles color local, no basta que haya observado la manera de producirse hechos, ideas y sentimientos en pueblos diferentes y en determinado momento histórico, sino que es preciso también que analice cuales son las condiciones privativas y características de los hechos, de las ideas y de los sentimientos con relación al país en que se desarrollan; pues solo así conseguirá llegar á las cimas del pensamiento con obras que tengan el doble carácter de humanas y nacionales: humanas, en cuanto se dirijan á elementos que presentan en común los individuos de nuestra especie, y nacionales, en todo aquello que tengan una relación directa é inmediata con los peculiares rasgos del pueblo para quien se escriben.

Por esta razón, y no por otra, aun siendo tan eminentes y grandes poetas líricos como son Olegario Andrade, Ricardo Gutierrez y Carlos Guido y Spano, carecen del particular mérito que tanto aquilata las poesías de Rafael Obligado. Mientras

los tres primeros crean en un sentido amplio y general, imprimiendo á sus obras el sello de su personalidad emocionada, el último hace lo propio, pero dentro del medio físico y social en que su genio se desarrolla. Para aquellos, la verdad de las cosas es la verdad de sus impresiones y sentimientos; las ideas, vengan de donde vinieren, las transforman espontáneamente con los colores que les presta su imaginación vivísima; y cuando de la fusión perfecta de estos elementos apropiados, que trabajan sordamente su corazón y su inteligencia, surge la imagen que aguardan con anhelo, la contemplan una y definida, original é inmutable. Su obra, en una palabra, es la creación del genio encerrada en una forma más ó menos acabada y reguladora.

En Rafael Obligado sucede todo lo contrario: sus poesías no surgen de los ocultos talleres en donde el genio forja sus criaturas, sino que son la reproducción fiel y exacta, la encarnación poética de los sentimientos y de los tipos legendarios que flotan en los espacios de la fantasía popular, y que viven aun antes de que el arte los reproduzca por medio de formas sensibles y consiga prestarles todo el relieve y vigor de los seres vivos. Rafael Obligado, con ese don prodigioso del hombre que como la luz del sol tiene la virtud de vivificar y brillantar todo cuanto toca, recoge los

elementos primeros de sus concepciones en aquellos que pudiéramos llamar rasgos fundamentales comunes al alma de su patria, é identificase de tal modo con ellos, que la creación artística no tarda en salir para mostrarse una y por entero con formas en donde resaltan la sencillez y la verdad, la vida y la belleza, encaminadas á descifrar la opinión común y condensar en un solo foco los sentimientos de la generalidad. No es Obligado, como dice un literato español, el poeta erudito que recoge en fuentes acaso derivadas el material histórico con que va á edificar su obra, y que se agita en esferas distintas de aquellas en que se mueve el pueblo que lo ha visto nacer; es el artista que pertenece al pueblo mismo, que vive con él en unión estrecha é íntima y que de él recibe la inspiración de su alma y la armonía secreta de sus versos.

Nadie puede negar que Olegario Andrade es el poeta más sublime é inspirado de la República Argentina, pero al propio tiempo imposible concederle la supremacía como poeta correcto, y sobre todo, como cantor nacional. Ciertamente que sus poesías ostentan siempre aquella grandilocuencia, aquella elevación de conceptos que son los timbres más gloriosos de su fama, pero mezcla de grandes cualidades y de grandes defectos, sus concepciones no son, propiamente hablando, la es-

presión de la naturaleza que el americano adora, y que es la única que deja en su ánimo, artísticamente reproducida, impresiones doblemente agradables.

Apesar de que las mejores composiciones de Andrade están inspiradas en asuntos patrióticos, preciso es confesar que en todas ellas se ve al poeta bebiendo en fuentes estrañas, y que los dignos y robustos acentos de su lira, más bien que á enaltecer los que pudiéramos llamar sentimientos de la patria argentina, se dirijen á levantar los colectivos de la humanidad en la libre y franca comunicación de todos los pueblos y de todas las razas.

Decirse pudiera de las producciones de Andrade, que son vasos admirablemente cincelados, que al embriagarnos con el delicioso néctar que contienen, transportan nuestra imaginación, no á los hermosos paisajes que bajo un cielo esplendente nos hacen sentir los característicos perfumes del alma de la América, sino que nos llevan á un mundo artístico en el que los olores del opio de una civilización exótica, por lo excesivamente europea, enervan nuestras fuerzas con visiones de ideales imposibles.

No es, indudablemente, en las teorías cosmopolitas, que como las del excepticismo filosófico no representan sino simples transiciones en el desa-

rrollo moral, material é intelectual de los pueblos, donde el espíritu argentino ha de encontrar un refugio para salvarse y realizar la obra que lo impulsa, dentro de la órbita de sus antecedentes históricos y de su democracia triunfante. El mal para ese espíritu y para la poesía encargada de perpetuarlo y engrandecerlo, está desgraciadamente en todo lo que actualmente los rodea, y el bien y la salvación en ellos solamente. El amor al terruño no es, dígame lo que se quiera, un vicio contrario á los adelantos privativos de esta parte del continente americano, sino la virtud por excelencia, así como el sentimiento nacional encarnado en el arte no es ni puede ser, tampoco, un monstruo del que debemos huir, sino el producto más bello de nuestra naturaleza moral.

—¡Vanas declamaciones! dirán al escucharnos los que no ven la marcha de las sociedades, sino á través de un prisma utilitario. ¿No estamos, señores idealistas, añadírán, en plena posesión de la unidad y de la independencia? ¿No adelanta el país rápidamente y de un modo prodigioso en la esfera de los progresos materiales?

—Sí, les contestaremos nosotros, pero ¡á que precio! Qué diferencia entre el valor cívico y moral de la república Argentina de 1810, *coronada su sien de laureles*, con el pabellón blanco y azul en una mano y la espada flamígera en la otra, de

pié sobre la cumbre de los Andes, y el valor cívico y moral de la república Argentina de hoy, engalanada con los atributos de Mercurio!

El agiotista ha sustituido al hombre de genio; en lugar de la profunda y conmovedora palabra de los patriotas, solo se oye la voz, ó más bien el sonido agrio y monótono del mercader que apunta las operaciones en la pizarra de la Bolsa, y como cima y remate de tan edificante cuadro, vemos una juventud que corre por las calles desalentada en busca de los buenos negocios, para caer luego jadeante y llena de incertidumbre y de fatiga. ¡Ay! El genio nacional argentino, en vez de extinguirse en un gran duelo fiado á su valor y á su fuerza, se parece á aquél soldado que muere sin gloria en la retirada, bajo el golpe de una bala perdida.

Urje, pues, trabajar con perseverancia infatigable á fin de que en las obras de la literatura argentina se cristalicen á la par los sentimientos y las inspiraciones que animaron el estro de Echeverría: es preciso que la crítica se esfuerce un día y otro por conseguir que los poetas de hoy, no se parezcan en nada á esas aves que para cantar abandonan el calor de sus nidos.

Así como es imposible representarse á la Italia, á la España, á la Alemania y á todas las naciones de Europa en la época del Renacimiento, cuando

empiezan á valer algo por su personalidad, sin su arte *particularista*, del mismo modo no concebimos á ninguno de los grandes ó pequeños Estados de la América independiente, en la plenitud de su hermosura, sino á condición de ligar su vida actual á una religión artística que tenga altares propios, pues el cosmopolitismo tan decantado, como dice el Sr. Oyuela, “no ha engendrado nada fecundo ni en política ni en literatura, y la inmigración no puede ni debe considerarse como provechosa, sino á condición de asimilárnosla y fundirla en nuestra propia nacionalidad.”

Si un árbol joven como el de la libertad americana tiene debilidades en su organismo, no hablemos de arrancarlo de raíz para sustituirlo por otro. Lo prudente y patriótico es cortarle las ramas enfermas é ingertar en su lugar otras que al desarrollarse produzcan flores abundantes y sanas, pero acreditando por el olor, por el color y por el sabor, las condiciones inherentes al primitivo alimento que las nutre; y así tendremos, llegado el período de la madurez, el *desideratum* tan apetecido, ó sea la unidad de la sávia dentro de la variedad de los frutos.

IV.

Entre los poetas argentinos, que aunque no muy dentro de las corrientes en que nosotros quisiéramos ver navegar la lírica americana, escriben versos dignos de alabanza, figura con títulos sobrados el Sr. D. Leopoldo Díaz.

El entrañable afecto que le profesamos, no ha de cegarnos hasta el punto de decir que los sonetos contenidos en el presente volumen, son cosecha sazónada de robustas y doradas espigas, pero sí podemos desde luego asegurar que constituyen un ramillete de flores frescas y sencillas, con las que, si no la corona del vate en el apogeo de su grandeza, puede tejerse la del joven inspirado que en la edad del sentimiento, canta como siente, y siente respondiendo á los impulsos de su corazón.

La virtud, el sacrificio, los héroes, los genios, la patria, la primavera, el otoño, el crepúsculo; las estrellas, que, cual diamantes brillan en el azulado manto de la noche; el sol que nace inundando los espacios de rica y vária luz, y que muere en una especie de apoteosis radiosa; las ilusiones de una dicha soñada, cuanto cree y ama el hombre en sus primeros años, arranca dulces acentos á la lira de Leopoldo Díaz, que por fortuna rara vez traduce en notas falsamente elegíacas las candorosas du-

das, las balbucientes afirmaciones, los trémulos sobresaltos y los nacientes anhelos de esas almas que, empapadas en la lectura de Heine, de Musset, de Lamartine, de Leopardi y de Becquer, comienzan á librar la eterna lucha de la vida.

No conturbado aún con las miserias humanas, el espíritu de Leopoldo Díaz, como corola recién abierta, solo exhala los primeros perfumes de la fe, del entusiasmo, del amor más puro á la humanidad: solo nos dice palabras que consuelan, que arrullan como los cánticos de un cielo lleno de dichas inefables, y desde el cual los ángeles bajan á la tierra para vivir en perpetua comunicación con el hombre.

Lo sensible es que nuestro amigo se haya enamorado tanto de la forma, más artificial que artística, del soneto, para escribir sus últimas composiciones. Catorce versos endecasílabos aconsonantados, ó sea dos cuartetos y dos tercetos, con sujeción estricta á las prescripciones de la rima castellana, son y han sido siempre un círculo demasiado mezquino para presentar un pensamiento bien desarrollado, máxime sí, como la ciencia literaria exige, el soneto ha de adquirir su expresión más culminante, su rasgo más notable en un solo verso: en el último.

Cierto que el estilo de Díaz, ora gráfico y vigoroso, ora lleno de felices y pintorescas espresio-

nes, ora exuberante en imágenes y pinceladas atrevidas, ora castizo y puro sin afectación, suple en parte la falta de lo que los preceptos exigen como condición precisa al soneto; pero esta circunstancia no exime en manera alguna al poeta Diaz de la censura á que se hacen acreedores todos los que consideran vencidas las dificultades de la citada clase de composiciones con solo escribir catorce versos, que pueden constituir un soneto por la combinación de la rima, pero que en realidad no lo son por lo que al fondo de la obra artística se refiere.

Y no crea el Sr. Diaz, que éste que yo señalo como capital defecto de su libro es achaque de muy escaso número entre los que cultivan y han cultivado el soneto: lo es de todos aquellos que en la historia de las literaturas europeas, y aun en la historia de la literatura americana, figuran como poetas líricos de indiscutible reputación.

Dejando á un lado los grandes *sonetistas* ingleses, alemanes, franceses, italianos y portugueses, entre los que sobresalen Shakespeare, Byron y Longelow, Leuthold, Leconte de Lisle, Musset, Petrarca y Bocage, será suficiente para probar nuestro aserto dirigir una rápida ojeada por el campo de la literatura castellana.

Sin contar los autores anónimos, pasan de doscientos cincuenta los catalogados por el erudito

Rosell y Torres en la Biblioteca de Rivadeneira, que en España y América han escrito sonetos; desde Boscan que en el siglo XVI fué el primero que dió á los suyos una forma relativamente perfecta y acabada, hasta Nuñez de Arce, del Palacio, Ayala y Numa Pompilio Llona, que son hoy los que se llevan la palma en esta clase de composiciones. Ahora bien: si se exceptúan unos cuantos sonetos de Argensola, de Quevedo, de Espronceda, de Hartzembusch y de algún otro poeta que puede escaparse á nuestra memoria por la precipitación con que escribimos estas líneas, todos son mediocres ó adolecen del lunar que dejamos señalado; y téngase en cuenta que, aun cuando quisiéramos, no podríamos exceptuar á genios tan eminentes como Fray Luis de Leon, como Herrera, como Jovellanos, como Moratín, que no tienen un solo soneto entre los muchísimos que escribieron, que merezca el nombre de tal.

Prescindiendo de lo estrecho de la cárcel en que se aprisiona el vuelo de la fantasía, el soneto, á nuestro juicio, adolece de otro mal todavía mucho más grave. Para los que hemos sentido palpitar tantas veces nuestros corazones, al leer el *Romancero* castellano y el riquísimo é incomparable tesoro de la poesía lírica española y americana, que indudablemente tienen toda la gallardía y sonoridad del verso que dá forma sensible á las ideas

sin vallas que lo sugeten, vemos que con los catorce versos del soneto, que no es de origen español sino italiano, se rompe una de las mas bellas tradiciones de la España literaria, y condenando implícitamente formas de versificar más espontáneas, más originales y de mucha más popularidad, se encierra el poeta en una jaula de hierro, y se coloca voluntariamente para escribir en un verdadero lecho de Procusto. El soneto es á la poesía lírica lo que un mal instrumento á la música: para interpretar magistralmente los sonidos de una ópera sería locura insigne echar mano de una guitarra, cuando el arte tiene á su disposición las grandes masas orquestales.

Pero sea de esto lo que quiera, la verdad es que, como de gustos no hay nada escrito, el Sr. Diaz nos ofrece en el presente libro una colección de sonetos que son, como dicen los franceses, un verdadero *tour de force*. Quisiéramos nosotros que todos ellos estuviesen modelados con igualdad estética, pero por desgracia la ejecución en algunos casos resulta deplorablemente fácil. Cierto que en la colección hay sonetos irreprochables, pero también existen otros en los cuales se nota ausencia total de pensamiento, y que sólo se salvan porque el artista supera, con lo bello de la forma, lo estéril del asunto.

En todos los sonetos de que venimos ocupán-

donos, su autor demuestra que sabe hacer versos seductoramente lindos, pero no admirablemente hermosos. Si Diaz no dejase encadenar su genio por las que pudiéramos llamar trabas *andradescas*, y no afeasen su estilo en algunas ocasiones ciertos resabios de la escuela que desgraciadamente creó el cantor de *El nido de cóndores*, sus obras resultarían mucho más perfectas, pues si bien en poesía la espontaneidad nos seduce, es á condición de que vaya siempre á remolque del esmero en el arte de versificar, que debe huir en cuanto pueda de todo lo que resulte prosáico y cacofónico.

Esto no obstante, Diaz sabe á veces animar las figuras de tan dulce espresión, sabe pintar con colores tan admirables, que por cima de pequeñas incorrecciones, muchos de sus cuadros viven y están dotados de una gran fuerza de inspiración y sentimiento. Vemos también, con placer, que siguiendo los derroteros que á la poesía lírica en general marcan las irresistibles tendencias del arte moderno, Diaz sustituye en sus trabajos los símiles extravagantes, reflejo de un gusto y de un orden de ideas que pasaron para no volver, con las comparaciones tomadas de la naturaleza, que es imperecedera. A las antítesis, á los retruécanos y á los pensamientos alambicados de la escuela de Góngora, que tanto empequeñecen y afean á muchos de los sonetos que hoy conoce-

mos, el autor de los que figuran en este volumen, sustituye la elegancia, la sencillez y la claridad en la elocución; cualidades indispensables para que las ideas se desenvuelvan con vigor y transparencia suma y puedan sentirse y comprenderse aun por los temperamentos más refractarios á la belleza poética.

A este respecto, Diaz supera en mucho á la mayor parte de los jóvenes escritores argentinos que conocemos, pues sin dejar de ser castizo, nunca se le ve, para traducir de un modo perceptible las ideas, dedicar las fuerzas de su espíritu á imitar el académico y decadente lenguaje español de fines del siglo XVII y casi todo el siglo XVIII. Nuestro amigo sabe muy bien que aun para los lexicómanos más empedernidos, los autores más correctos son aquellos que, sin remover las bases fundamentales del idioma, encuentran la elocución más trasparente, más original y más bella ajustada á la expresión de sus ideas. Las lenguas, como dice un gramático ilustre, no viven, no pueden vivir como los minerales; viven como los organismos, y si viven han de progresar, y para progresar es fuerza que se enriquezcan cada dia con nuevos giros, locuciones y palabras, pues la variedad en esta materia, como en todas, es fuente de vida y de hermosura. Para los americanos, y muy especialmente para los argentinos, antes que

la imitación servil de la prosa de Saavedra Fajardo, antes que el verso vacío y amanerado de Jáuregui, de Lobo, ó de Melendez Valdés, es preferible cien mil veces la pobre y casi siempre galáica dicción de las hojas periodistas que en la actualidad se publican.

Pero donde indudablemente sobresale Diaz como artista, es en todos sus sonetos descriptivos y en la mayor parte de aquellos en que á grandes trazos reproduce la fisonomía de los principales genios de la humanidad. Su libro, en esta parte, constituye una especie de museo poético, donde poco á poco van destacándose, desde la estatua admirablemente cincelada, hasta el paisaje de una fidelidad casi flamenca.

Ha dicho, no sé quién, que en el mundo visible, y en lo que llamamos naturaleza, la divinidad no puede acercársenos más que en el rostro de un sabio, y que Dios no puede manifestarse mejor que en el retrato bien hecho, de un hombre virtuoso. Pues bien: en el presente libro, Diaz presenta á la consideración de propios y extraños una galería completa, un arsenal entero de grandes caracteres, al rededor de los cuales debemos jirar siempre que aspiremos á dignificarnos y á buscar consuelos en la virtud y en la verdad.

En el soneto que aparece en la página primera, se presenta sintetizada en cuatro rasgos la figura

de Jesús, de aquel agente de un movimiento religioso y moral que, como astro de vida en todos los horizontes, se levanta sobre las ruinas del paganismo para redimir la humana conciencia, esclava hasta entonces de la materia divinizada, de las profanaciones idólatras, de la corrupción y de la mentira. Este soneto es bello, no solo por la fluidez de la rima, sino por la novedad de los conceptos y por la valentía de las imágenes.

En el soneto *Homero*, desfila ante nuestros ojos el ciego cantor de la *Iliada*, autor del poema por el cual es hoy la Grecia antigua, mirada con envidia y con entusiasmo: en el soneto *Esquilo*, brilla el alma del gran trágico que, respetando el carácter tradicional de la fábula y de los héroes de su patria, traza con estilo tan vigoroso como su alma aquellos cuadros sombríos, en los que la fatalidad ejerce papel tan importante, y en los que la embrionaria creación de Téspis, adquiriendo mayor hermosura, nos presenta en todo su esplendor el genio poético más completo que en su género encontramos en la antigüedad: en el soneto *Safo*, vemos destacarse la figura de aquella mujer apasionada, que solo encuentra en la muerte la felicidad de sus sueños, consagrados al amor y á los más dulces arrebatos del sentimiento: en el soneto á *Sócrates* vemos admirablemente representado a filósofo que, tomando por arma los sublimes

principios ya sentados por Anaxágoras, ataca en su base la religión politeísta y predica la existencia de un Ser Supremo.

Y si del mundo de la Grecia, rico por su filosofía, por sus ciencias, por sus letras y por sus artes, seguimos el vuelo de la brillante y fecunda imaginación de Leopoldo Díaz, y pasamos al mundo de Roma, los sonetos *Juvenal* y *Nerón* nos exhibirán, aunque en pequeño marco, al digno heredero del genio de Aristófanes, al ciudadano íntegro que, fustigando con sus aceradas sátiras las costumbres y vicios de su época, llega á immortalizarse; y al emperador—poeta, monstruo que no pudiendo sufrir, como dice Castelar, el martirio de sus deseos desahogaba en crímenes el dolor de su oprobiosa impotencia.

Siguiendo el curso de la historia, con el soneto *Dante*, uno de los mejores de la colección, Díaz nos retrata al hombre que, convirtiendo en sustancia purificada sus grandes infortunios, sujeta en los invisibles hilos de su genio cinco siglos de combates y fatigas, y que al querer pintarnos la edad media con todos sus elementos rebeldes y con todas sus miserias, no encuentra en su paleta sino los colores de un infierno: nos hace conocer, aunque en cuadro muy mediocre, al creador del teatro inglés, á Shakespeare, cuyo pensamiento, mezcla de sublimidad salvaje y de belleza encantadora, brilla en

Inglaterra, no para ser solo de Inglaterra, sino para ser de la humanidad, pues en él encarnan la poesía de la ciencia, la poesía del corazón, la poesía de la moral, la poesía del dogma, pudiendo asegurarse que no ha existido jamás un autor dramático más completo: y como el último de una trinidad sublime, Diaz nos retrata en otro soneto muy notable, á Byron, cuyo genio tan admirablemente refleja á su modelo Shakespeare, pero sin llegar á ser otra cosa que una ráfaga de aquel tremendo huracán, una sombra de aquel glorioso sepulcro.

Es sensible que el poeta Diaz se haya olvidado de colocar en tan hermosa galería á los autores de *El Quijote* y de *La vida es sueño*, á Cervantes y á Calderón, pues sus figuras igualan, si no superan, á las de los genios mencionados.

El soneto á Voltaire es también digno de encomio, no sólo por su valor literario, sino porque en él Diaz nos habla por modo admirable del valiente atleta de la filosofía moderna, que, según la expresión de un sabio, simboliza la protesta del libre pensamiento en el siglo XVIII, como Lutero la había simbolizado en el siglo XVI.

Por lo que se relaciona con los sonetos *Bossuet*, *Victor Hugo*, *Lamartine*, *Napoleon*, *Pringles*, *Nelson*, *Andrade*, *Garibaldi* y algunos otros de hombres célebres, aun cuando inferiores en mérito

á los ya citados, diremos que no tienen más valor que el de esbozos destinados á no salir del taller del artista, pero que esto no obstante, la crítica debe juzgarlos con benevolencia, porque en todos ellos resplandece algún toque delicioso, alguna frase feliz, algún pensamiento levantado.

Entre los sonetos que pudiéramos llamar descriptivos, sobresalen *Velut Umbra*, *Sueños*, *Media noche*, *Invierno*, *Primavera*, *Alborada* y *Ocaso*.

El Fauno y *El Triunfo de Baco* son dos excelentes sonetos del género realista, en el concepto que hoy se dá á esta palabra. A la lectura del primero, dedicado al más dulce, tierno y encantador de los poetas americanos, al Sr. D. Carlos Guido y Spano, parece que surge ante nuestra vista uno de esos cuadros en que bajo todas sus formas y en todas sus seductoras actitudes plásticas, en todo su desarrollo luminoso, corrian

Ligeras, ondulantes, vaporosas,

aquellas ninfas de que nos habla la mitología, y que no eran otra cosa que mujeres magníficas, en las cuales se desbordaba la vida, el placer y la salud. En este soneto, Diaz nos ha pintado un cuadro de aquellos en que Rubens se complacía en copiar carnes redondas, frescas y sonrosadas, y que son las que, indudablemente, han dado las mejores victorias á su pincel.

El Triunfo de Baco, es un soneto que parece inspirado en las mejores reproducciones que de aquel Dios nos han hecho la pintura y la escultura. Al leerlo se ven las facciones bestiales de aquella divinidad y de sus ciegos adoradores, agrupados alrededor de un tonel, cantando en torpe bacanal el poema del vino, con los ojos chispeantes, con las gargantas saciadas, con los cuerpos que se prosternan con fervor libidinesco ante las odres ya vacías, y que tambalean al erguirse bajo el influjo de la embriaguez. Diaz ha tenido en este cuadro pinceladas que nos recuerdan los caprichos de Velazquez y las orgías de Teniers.

Las cuatro edades, la de piedra, la de bronce, la de hierro y la de oro, representadas en otros tantos sonetos, constituyen, á mi juicio, cuatro de las mejores poesías que este libro contiene. Aun cuando cada una de las edades se presta para escribir un poema, Diaz ha sabido condensar perfectamente en los estrechos límites de cuatro sonetos: en el primero, todo lo relativo á la época en que el hombre, en estado salvaje, vive en lucha perpétua con la naturaleza; en el segundo, todo lo relativo á la época en que ya resuelto el problema de las primeras agrupaciones sociales, se abre paso el espíritu humano uniendo á las batallas de la fuerza las batallas de la idea; en el tercero, todo lo que caracteriza la época en que el

poder feudal y el poder teocrático, no tienen más ley que la horca y el cuchillo para juzgar al siervo; y en el cuarto, canta al ángel fecundo del renacimiento abriendo las puertas de la vida, y haciendo á todos los hombres iguales ante el libro santo del derecho, de la libertad y de la justicia.

El presente volumen contiene también algunas traducciones de Stecchetti, acerca de las cuales diremos muy poco, pues Díaz ha dado ya con las publicadas del poeta brasileño Guerra Junqueiro, señaladas muestras de traductor excelente. Esto no obstante, haremos constar que las Póstumas del gran poeta italiano, traducidas por Díaz, son tan dignas de elogio como agradables al leerse. Díaz, aun en los trabajos de esta naturaleza, versifica con corrección, con facilidad y con elegancia. No es esto decir que su versión es irreprochable, pues hay en ella versos un tanto flojos, quizá por no sacrificar la fidelidad del texto, al esmero en traducirlo. Las traducciones en verso de las obras maestras tropezarán siempre con grandes dificultades, pues así como una flor pierde en parte sus característicos perfumes, al ser trasplantada, así una poesía pierde los suyos también y se marchita al trasladarla del original á una lengua extraña.

Concluamos. ¿Son los sonetos que acabamos de juzgar una obra acabada en el género á que pertenecen? ¿Pueden distinguirse entre los de la

multitud que han escrito los vates americanos?—
Diré mi opinión.

No son todos ellos una obra perfecta, pero si hay algunos que adolecen de defectos, debidos á la falta de profundos estudios y de una sólida instrucción, en cambio otros encantan. como ya hemos dicho, por sus imágenes felices, por sus rasgos bellísimos y por su entonación lírica, que sorprende agradablemente.

Luche, pues, el joven poeta, sin tregua ni descanso: luche enérgicamente como todos los genios que aspiran hoy á colocarse á la altura de su siglo, por encontrar la palabra atrevida para los sentimientos nuevos. Como mago de la rima, sepa que el arte no tiene otros fines que la realización de la belleza, y forme su gusto en la escuela de la rica y sin rival poesía castellana, sin olvidar nunca que los grandes escritores no lo han sido sino después de haberse purificado, como Goethe, en los mares que eternamente habita la encantadora sirena de la antigüedad clásica. El arte griego y el arte romano son monumentos que se elevan y se confunden con el arte cristiano. El Hércules de la fábula; la Vénus de Milo en su purísima belleza; Baco ceñido con guirnalda de pámpanos y ebrio de alegría; el mirto de los bosques del Atica; los mármoles del Parthenon; Homero, Virgilio, Lucano, todos los grandes hombres que se desta-

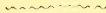
can en la historia del paganismo, pueden perfectamente unirse con Dante, con Petrarca, con Tasso, con Milton, con Camoens, con Calderón, con Cervantes en su amor á la belleza, bajo la severa Cruz cristiana, cuyos brazos abiertos parece como que quieren abrazar á la humanidad entera y traerla á su regazo y á su seno.

Sólo, y esta es verdad incontrovertible, podrá siguiendo mis consejos, encontrar el poeta Diaz la clara luz que como la del sol en los cielos, necesita el genio en su peregrinación por los espacios del arte.

J. J. García Velloso.

Julio de 1888.

SONETOS





JESÚS

El viejo paganismo dirijía
Mirada ansiosa al porvenir distante,
Cuando Jesús, aurora fulgurante,
En la noche del mundo amanecía.

Amaba el infortunio. Se nutría
De paz y de verdad con fe jigante,
Y por los montes de Judea, errante,
Nueva luz en las almas encendía.

Humilla al poderoso, al altanero,
Siembra la caridad en su camino,
Abre su corazón al pordiosero

La víctima expiatoria del destino;
Y más grande que Sócrates severo
Expira bendiciendo á su asesino.







SATÁN

Á Joaquín V. Gonzalez.

Mudo, de pié, sobre el peñón erguido
Se agita en la tiniebla el condenado;
La cólera divina aun no ha doblado
La indómita cabeza del vencido.

Su rostro por el rayo ennegrecido
De nuevo iergue el inmortal forzado,
Y como Prometeo encadenado
Crece el orgullo de Satán caído.

Es el primer rebelde, el primer grito,
La más altiva imprecación lanzada
Ante la augusta faz del infinito.

La primera ambición desenfadada
Y la horrible serpiente del delito
Que entre la sombra se retuerce airada.





EL FAUNO

Á Carlos Guido Spano.

Entre la sombra del follaje hundido
Esconde el viejo fauno su figura,
Y acecha cauteloso en la espesura
La blanca ninfa que su pecho ha herido.

Brillan sus ojos lúbricos. El nido
Le habla de amor, el viento le murmura
Cálidas frases, y en la selva oscura
¡ Amor ! repite el pájaro perdido.

Flotar dejando sus cabellos de oro,
Lijeras, ondulantes, vaporosas,
Cruzan las ninfas en alegre coro:

El fauno elije de las más hermosas
Y huye á ocultar su espléndido tesoro
Del bosque en las penumbras misteriosas.





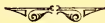
SUEÑOS

De estraños seres impalpable coro,
Con su murmullo desigual imita
La fresca lluvia que á soñar incita,
Triste gimiendo en el cristal sonoro.

Heine y Gautier nos abren su tesoro,
Cruzan cantando Ofelia y Margarita
Y cual un mundo en gestación palpita
La turba alada de los sueños de oro.

Agitarse! morir! hondo problema!
Si te interrogan con afán sombrío,
Nada respondes lúgubre dilema!

Y á dónde van los sueños? Quién lo sabe!
Nosotros los lanzamos al vacío
Como su vieja plumazón el ave!





DANTE

Sombrío ante la turba indiferente,
La visión de Beatríz enamorada
Sigue Alighieri con tenaz mirada
Y arrugas de dolor sobre la frente.

La voz augusta de Virgilio siente,
Y como el mundo de la informe nada,
En sublimes tercetos cincelada,
La Comedia Inmortal brota en su mente.

Proscribe Italia al viejo Gibelino,
Y en alas de su númen soberano
Se venga de la Italia y del destino;

Azota al criminal, hiere al tirano,
Gime en Francesca, ruje en Ugolino,
Y diviniza el sentimiento humano.







TRIUNFO DE BACO

Á Enrique E. Rivarola.

Es el triunfo del dios alegre y bueno
Que la callada selva ha estremecido,
Y de flores y pámpanos vestido
El vaso apura hasta los bordes lleno.

Suenan las flautas, y el feliz Sileno
Por el dulce licor enardecido,
De las ninfas, amante preferido,
Besa con ansias el desnudo seno.

Giran ébrios los faunos á la sombra
Cuando el ardiente resplandor del día
Del bosque alumbra la mullida alfombra.

Y al descender la noche, el dios pagano,
Entre el rumor de colosal orgía
Contempla su apoteosis soberano.





EDGARD POÉ

Desesperado soñador, quería
En su cerebro anonadar la idea,
Matando el alma que ilumina y crea
Y remontarse al infinito ansía.

Las alas de oro marchitó en la orgía
Su musa que entre sombras centellea,
Y el *cuervo* del pesar revolotea
En su trájico lecho de agonía.

Poeta infeliz de corazón gigante,
Tocar la cumbre inaccesible espera
En pos del espejismo que lo engaña.

Mas al fin lo derriba delirante
El peso abrumador de su quimera,
Como Sísifo al pié de la montaña.







VÉRTIGO

Quando tiende la noche en torno mío
De sus sombras la túnica enlutada,
Abre en la azul inmensidad callada
Sus fauces tenebrosas el vacío.

De lo insondable y misterioso el frío
Me llega al corazón, y me anonada
Esa atracción siniestra de la nada,
Y de mi pobre pequeñez me río.

Si el vértigo sufriste y la locura
Del insondable afán que no se calma,
¡Oh Tántalo! me esplico tu amargura!

Y en los terrores infinitos creo
De aquel que mira el interior de su alma
Y no encontrando á Dios, se siente ateo!





VOLTAIRE

Viejo patriarca de Ferney! Atleta
Que derribó las ruinas del pasado,
Álzate vencedor, transfigurado,
Pues aun hay almas que el error sujeta.

Rasgue las sombras tu pupila inquieta;
Aun gime el pensamiento encadenado,
Y el torpe fanatismo enmascarado
A combatir, hipócrita, nos reta.

Atrás quedan los dioses tutelares;
Ya no miran los pueblos hácia Roma
Y se cubren de polvo los altares.

Voltaire! Voltaire! La duda nos ajita!
Entre el siglo que se hunde y el que asoma,
Tu palabra profética nos grita!





VELUT-UMBRA

De blanquísima espuma coronadas,
Como errantes palomas que en su vuelo
Arrullando su propio desconsuelo
Atraviesan planicies desoladas:

Van las jigantes olas encrespadas,
Incansables viajeras cuyo duelo
Solo escuchan los ámbitos del cielo
Y las fúnebres rocas erizadas.

Ay! también como el mar, honda es mi pena!
Dolorosa visión estremecida
Que la paz de mis horas envenena,

Se iergue cual la ola embravecida,
Y otra vez á su yugo me encadena
Y abre en mi corazón sangrienta herida.





SHAKESPEARE

William! tu augusta sombra se ajiganta,
Llena de tu renombre está la historia,
Los siglos son heraldos de tu gloria
Y de tu génio la grandeza espanta.

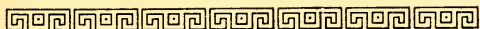
Tu frente al infinito se levanta,
Eternizan los tiempos tu memoria,
Y tu númen, presagio de victoria,
Entre el concierto de los orbes canta.

Cuando tu inspiración remonta el vuelo
Desgarrando las brumas del pasado,
Con sus alas de luz suben al cielo.

Hámlet sombrío, Lear desgreñado,
Desdémona infeliz, salvaje Otelo,
Pálida Ofelia, Mácbeth desolado!







GRITO DE ALIENTO

Á Joaquín Castellanos.

Te asombra verme con la frente erguida
De pié como el guerrero en su muralla,
Desafiando el horror de la batalla
Y oprimiendo los bordes de su herida.

Como la tuya se templó mi vida,
El pesar ni me rinde ni avasalla
Y arrostro del obstáculo la valla
Con la fe por el Arte engrandecida.

Haz como yo: levanta la cabeza,
Ahoga las serpientes del deseo,
Sé fuerte y resignado en la tristeza.

Rompe de la ilusión los suaves lazos,
Como Hércules luchando con Anteo,
Estrangula el dolor entre tus brazos.





ESQUILO

Grecia, madre inmortal, lo presentía
Cuando escuchaba con afán profundo,
Entre el solemne palpitár del mundo,
Del Jonio mar la íntensa melodía.

El tiempo su carrera detenía
Ante la gloria del cantor fecundo;
Y el héroe, soñador, meditabundo,
Las helénicas tumbas defendía.

Águila de las cumbres de la idea,
Su luminoso, fulgurante estilo,
A los rayos del génio centellea

Como del hacha de un lictor el filo,
Y con luz inmortal relampaguea
Creador de la tragedia, el viejo Esquilo !







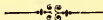
LA LIBERTAD

Salve! fulgente luminar del mundo,
Salve! mil veces, Libertad divina,
Que al través de los tiempos peregrina
Marchas envuelta en resplandor fecundo.

Cuando estalla tu acento furibundo,
La cervíz de los Césares se inclina,
Y el trono de los déspotas fulmina
De tu venganza el látigo iracundo.

Mientras haya verdugos y tiranos
Tu diestra agita, Libertad sagrada,
Sobre todos los hombres, mis hermanos.

Y si es preciso herir, dales el odio,
Para que pueda centellante espada
Ser en sus manos el puñal de Harmódio.







VICTOR HUGO

Poeta! tu canto estremeciendo al mundo
Lanzaba en los espacios y á los vientos
Gritos, revoluciones, pensamientos,
De ideas y de luz raudal fecundo.

Si tu látigo agitas iracundo,
Si sollozas tus lúgubres lamentos,
Despierta el porvenir, y á tus acentos,
Hablan los siglos con rumor profundo.

Cuando la Francia ensangrentada expira
Jadeante bajo el potro del germano,
Vengador Juvenal, ardiendo en ira,

Al rostro escupes de su rey enano;
Y torciendo las cuerdas de tu lira
Azotas las espaldas del tirano.



TEDIUM VITÆ

Para calmar el implacable hastío
Que hiela, si no mata cuanto toca,
Llamó á tu corazón con ansia loca,
El solitario pensamiento mío.

Fué mi pasión el desbordado río
Y fué tu orgullo la insensible roca;
Por eso, en vano, te dirá mi boca
Que siento aún de tu puñal el frío.

Símbolo triste de pesar sin nombre
Ah! yo cruzando seguiré el desierto
Donde el hombre combate con el hombre.

Llevo la herida que tu mano ha abierto,
Pero llevo algo más, aunque te asombre,
Llevo en mi corazón algo que ha muerto.

— 1327 —



BYRON

Herederero de Milton el coloso,
Nació del norte en la región sombría
Cual entre brumas aparece el día
Destacando su seno luminoso.

Espíritu jigante y tempestuoso
Preñado de tormentas y armonía,
El corcél de los siglos detenía
Unciéndolo á su carro victorioso.

Soñador inmortal, cóndor britano,
Desterrado de Albión cruza tranquilo
Las olas turbulentas del Oceano.

Grecia le brinda su sagrado asilo
Y vuela á combatir como espartano
Por las tumbas de Leonidas y Ésquilo!





SURSUM CORDA

Poeta! no dobles la cervíz, levanta
Al pisar el palenque tu visera,
Agita con orgullo tu bandera
Y al viento arroja tu leyenda santa.

Himno soberbio á la justicia canta,
A los verdugos tu venganza hiera,
Sufre, medita y combatiendo espera,
Que el alma en el martirio se ajiganta.

Poeta, tu espada, la verdad. La gloria,
Por suprema ambición de tu destino;
Tu dama la virtud, tu fe la historia.

El porvenir, la meta en tu camino
Y tu lira el clarín de la victoria.
Adelante! á las cumbres peregrino!





HOMERO

Ruedan los siglos á la oscura nada,
Mientras el nombre del divino Homero,
Su luz esparce sobre el mundo entero
Que repite los cantos de la Iliada.

Quando la humanidad desesperada
Marche al azar por lóbrego sendero,
Y el rumor de su grito lastimero
Vibre en la inmensa bóveda enlutada:

Como un astro gigante de la altura
Proyectará tu genio soberano
Raudal de luz sobre la edad futura.

Y rasgando las sombras del arcano
Tu gloria, Homero, brillará más pura,
En la avalancha del turbión humano !







PÓSTUMA

L. Stecchetti.

I

Oh pobres rimas que abandono al viento,
De la risueña edad dulce memoria,
Rimas de ira, de placer, de gloria,
Rimas que condensáis mi sufrimiento.

Volad, volad y conducid mi acento,
Que aprenda el mundo de mi amor la historia;
El mundo es vil, lo sé, pero su escoria
Nunca pudo manchar mi sentimiento.

Si por ventura halláis la amada mía,
Por quien la angustia de la muerte siento
Y á quien abrí mi corazón un día,

Contadla mi pasión y mi tormento,
Cuánto, cuánto la adoro todavía,
Oh! pobres rimas que abandono al viento.





VALMIKI

Valmiki, el gran poeta, el legerario
Cantor del invencible Ramayana,
Cerró sus ojos en azul mañana
Cuando agitaba el loto su incensario.

Vivió unsiglo. Su lecho funerario
Fué la profunda y vírgen selva indiana,
Lejos de toda tempestad humana,
Sólo y perdido en inmortal santuario.

Arrastrando sus olas amarillas
Con triste y perezoso movimiento,
Valmiki! rugió el mar... En sus orillas

El viejo Ganjes exhaló un lamento,
Los ídolos cayeron de rodillas
Y tembló el Himalaya en su cimiento.





PÓSTUMA

L. Stecchetti.

XVIII

Si ha sido mi pasión por tí burlada,
No quiero averiguarlo todavía,
Y sí esconde tu seno, amada mía,
Un corazón de santa ó condenada.

¿Qué me importa saber si mi adorada,
En pos de una promesa me mentía?
¿Y entonces, por qué hacer anatomía,
De la radiante juventud pasada?

No buscaré si el vino que he apurado
Contuvo alguna droga forastera:
Tú vino era muy bueno y me ha gustado.

Yo no quiero saber si aun eres casta.
Nos amamos realmente una hora entera,
Fuimos felices casi un día y basta.





LAMARTINE

Apóstol de lo belio! Tu alma ardiente
Templó el cálido sol del mediodía,
Te dió el mar su profunda melodía,
Sus salvajes arrullos el torrente!

El ángel del pesar besó tu frente
Y exhalando raudales de armonía,
Impregnada de mística poesía
Vibró en tu lábio la oración creyente.

Dios puso en tu alma gérmenes de aurora
Y se escucha en tu lira soñadora
De la creación el palpitante grito.

Mientras Hugo, tu hermano en pensamiento,
Sus voces de titán une á tu acento
Que se alza de la tierra al infinito!





PÓSTUMA

LIV

L. Stecchetti.

En alta noche, solitaria y muda,
Alguna vez en tú balcón sentada,
Oirás en los espacios, desolada,
Un grito que se extingue y te saluda.

En tus rubios cabellos, gentil hada,
Pon esta flor: de mi existencia ruda
La horrible pena, la implacable duda,
Verás en su corola condensada.

La bañaron mis lágrimas, bien mío,
Que traducen mi amargo sufrimiento
Y creerás que son gotas de rocío.

Ni aquel grito será rumor del viento;
Seré yo que me muero y que te envío
Mi último beso y mi postrer lamento.





EL SOLDADO ARGENTINO

Porque "Dios y la patria" lo han querido,
Va sonriente al horror de la batalla,
Y su cuerpo destroza la metralla,
Y su nombre se pierde en el olvido.

Sólo, hambriento, desnudo y perseguido,
Agita su pendón en la muralla,
Y si enemiga hueste le avasalla,
Muerto lo encuentra, pero no vencido.

¡Coronad de laureles al soldado
Que solo al fin de la jornada espera,
De sus cien cicatrices adornado,

Con la frente rugosa y altanera,
Para cubrir su pecho ensangrentado,
Unos girones de la azul bandera!





JUVENAL

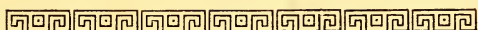
Musa de Juvenal, dame tu aliento.
Vibrante lira, préstame tu grito
Para marcar la frente del delito
Y descifrar el hondo pensamiento.

Aún resuena tu látigo violento,
Precursor de Alighieri, el gran proscrito,
Y en las espaldas del romano escrito
Quedó de tu venganza el rudo acento.

Cómo azotó tu sátira inclemente
La decrepita Roma envilecida!
Rujó tu indignación como el torrente

Sobre la multitud despavorida,
Cuando á los piés del bárbaro potente
El águila imperial rodó vencida.





REBELIÓN

Todo es combate en la existencia ruda.
En nuestras almas el dolor palpita.
Cual implacable maldición se agita
El fatídico gérmen de la duda.

La fe se extingue. La esperanza muda,
Surje aquí abajo y pronto se marchita.
¡La miserable humanidad proscrita,
¡Oh! muerte vencedora, te saluda!

El corazón, de su prostrer quimera
Y sus brillantes sueños se despoja,
Con la sonrisa del que nada espera.

Y el atrevido pensamiento humano,
Como Satán desesperado arroja
Grito de guerra contra el Dios anciano!





PRINGLES

¡Mirad, mirad, él es: el temerario
Ginete de Chancay, nunca vencido,
Que se iergue en la noche del olvido
Desgarrando su fúnebre sudario.

Es Pringles, el lancero legendario,
Como Güemes y Brandzen atrevido,
Atletas que la gloria no ha esculpido
De la inmortalidad en el santuario.

Del Plata libre hasta el Rimac, famoso,
En cien combates desnudó el acero,
El de la patria paladín glorioso,

Terror y asombro del audáz Ibero,
En nuestra Iliada, Aquiles valeroso,
Digno de los exámetros de Homero.





OFRENDA

Destellos de pasión, rayos de cielo
Puso Dios en el alma de María;
Prestó á sus ojos el fulgor del dia
Y oscuro cual la noche hizo su pelo.

Despues, un angel agitó su vuelo
Sobre la blanca cuna en que dormia,
Y besando su frente repetía
Como presagio de inmortal consuelo:

— Florida senda cruzarás dejando
Cariños, esperanzas, bendiciones.
Astro, brilla! Muger, vive soñando!

Alondra, llena el aire de canciones! —
Tendió el angel su vuelo suspirando,
Y temblaron de amor los corazones.



BOSSUET

Contemplad á Bossuet: cuando se siente
Inspirado por Dios, remonta el vuelo,
Y cruzando los límites del cielo,
Soplos de eternidad besan su frente.

Clava en los mundos la pupila ardiente,
Del abismo insondable ajita el velo
Y en cascada de luz desciende al suelo
Con el ronco bramido del torrente.

Todo á su paso de titán se inclina.
No hay barreras al númen soberano
Que las hondas tinieblas ilumina:

Y mónstruo de elocuencia, sobrehumano,
Los oscuros misterios adivina
Cuando asciende hasta Dios, supremo arcano.





BAILE DE MÁSCARAS

En el salón la multitud se ajita.
Cruzan tantos demonios por mi lado
Que ya estoy de seguro condenado,
Pues aquí todo á condenarse incita.

En cada pecho Satanás palpita.
Yo, lo mismo que Fausto enamorado,
Mi pedazo de cielo hubiera dado
Por hallar otra rubia Margarita.

¿Quién eres, melancólica Julieta;
Y tú, pálida Ofelia soñadora,
Ante la duda de tu amante inquieta;

Y tú, dulce Beatriz, y tú, Eleonora,
Que he visto en mis delirios de poeta?
Fuegos fátuos que viven una hora!





À ITALIA

Garibaldi cayó cuando vencía.
Hoy asoman los Papas la cabeza,
Y baldón de tu histórica grandeza,
El fanatismo audáz te desafia.

El sol se anuncia del naciente día,
Un nuevo dogma de verdad empieza:
Los ídolos arroja sin tristeza
Y al hondo porvenir tus pasos guía!

¿Duermes? Despierta ya, que un siglo asoma.
No volverán los Césares, ni en Roma
El buitre anidará del Vaticano;

Pues, si oprime tu cuello su sandalia,
Amas la libertad y eres ¡oh Italia!
Cuna de Galileo y de Giordano.





NELSON

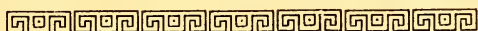
Se extremece convulso el Oceano,
El vendaval en los espacios truena,
Cuando el cañón en Trafalgar resuena
Y luchan el Ibero y el Britano.

¿Quién describirte pretendiera en vano,
Siniestro drama, pavorosa excena ?
Como los gladiadores en la arena,
Muerto rueda el Inglés junto al Hispano.

¡Vencer ó sucumbir! Nélsón murmura:
El grito del atleta lejendario,
Cual toque de clarín vibra en la altura.

Y al hundirse del mar en las entrañas
Con las olas por fúnebre sudario,
Tumba gigante encuentran sus hazañas.





RESURREXIT

Es Pascua. El cielo azul, resplandeciente
Sol, ilumina con sus rayos de oro,
Y vuelcan los jardines el tesoro
De sus perfumès en el tìbio ambiente.

Al templo acude el corazón creyente;
Su voz dilata el órgano sonoro,
Y los monges que rezan en el coro,
Al suelo inclinan la piadosa frente.

Cuando el Cristo desgarra su sudario
Y lo envuelve con blanca vestidura,
Entre nubes de aroma, el incensario,

Sobre las naves de la iglesia oscura
Y por cima del viejo campanario,
Los cánticos resuenan en la altura!





ANDRADE

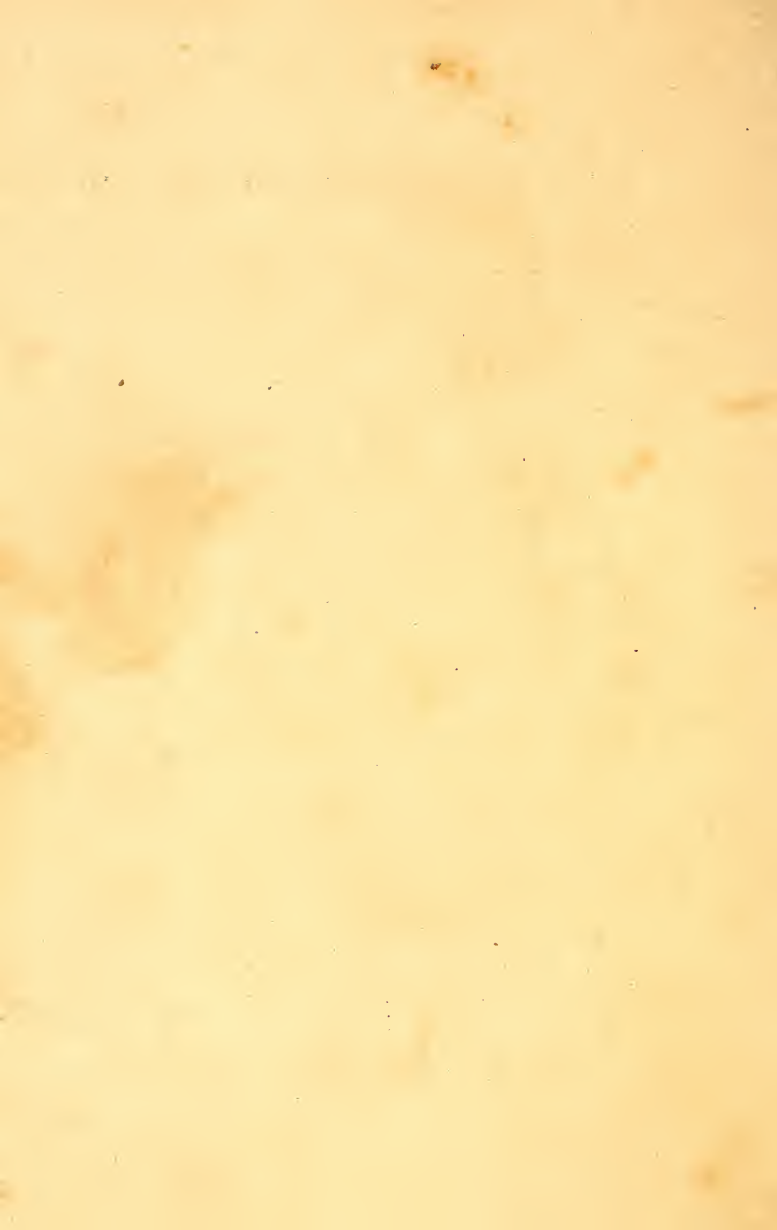
¶ No hay cumbres que no huelle con su planta,
Cuando por la extensión desata el vuelo.
El águila caudal descende al suelo,
Andrade, al infinito se levanta.

Perdido en los espacios se ajiganta
Su espíritu inmortal, crece su anhelo,
Y ébrio de luz, con ambición de cielo,
Entre el rumor de las tormentas canta.

Asciende, génio audáz del pensamiento,
Sublime soñador, á tu morada,
Junto á Dios, en el alto firmamento;

Y torna, la pupila iluminada,
Para contar, con inspirado acento,
Diálogos de los mundos y la nada!







GARIBALDI

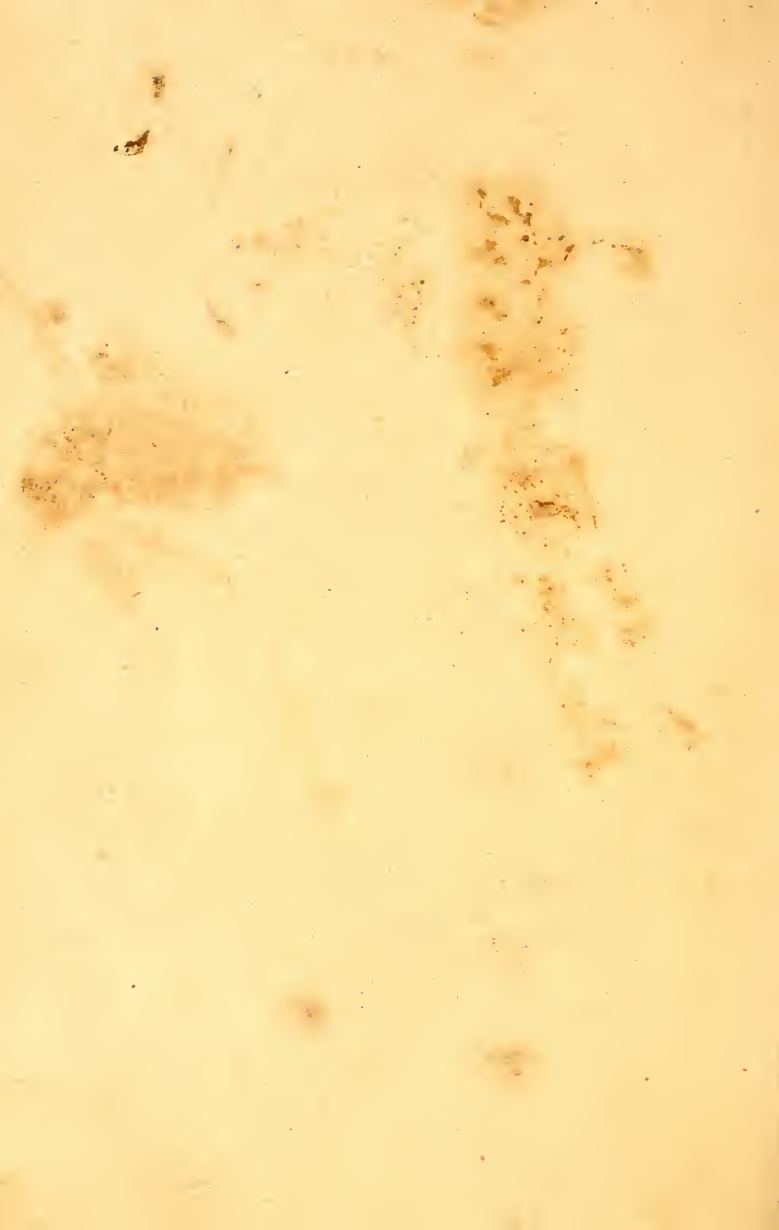
· No hay un palmo de tierra americana
En que flamear á su pendón no hiciera,
Llevando siempre con la azul bandera,
Otra bandera, de la azul, hermana.

Su gloria inestinguible y soberana
No es tan sólo de Italia en que naciera:
La humana libertad es la heredera
Del héroe de Aspromonte y de Mentana.

Oh Garibaldi! luchador temido,
Que en el campo fatal de la pelea,
Fué siempre vencedor, nunca vencido;

Tu nombre, como el rayo centellea,
Y si tu espada deslumbrante ha sido,
Mas qué tu espada brillará tu idea!







À GRECIA

Grecia! Madre del Arte! Augusta ruina!
Aun tu frente levántase altanera
Para alumbrar la humanidad entera
Y para darle inspiración divina.

Aun murmura de Dódona la encina;
Cruzar se vé la náyade lijera,
Y se escucha llorando en la ribera
Del mar azul á la traidora ondina.

Prodigio del cincel, Vénus de Milo,
Y el deslumbrante Partenón severo,
Son del sublime ideal, eterno asilo.

Píndaro canta tu valor guerrero;
Tu gloria anuncian Sófocles y Esquilo,
Demóstenes, Platón, Fidias y Homero!







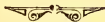
NERON

Rara mezcla de histrión y de tirano,
Ríe, canta, asesina ó envenena,
Instinto de chacal, alma de hiena,
Neron, azote del linaje humano.

Sumido en la embriaguez yace el Romano,
Cruje de los esclavos la cadena,
Y cual sombría maldición resuena
El último lamento de Lucano.

Galba se acerca . . . Triunfa en la jornada.
Neron temblando, lívido, iracundo,
Clava en su cuello reluciente espada,

Y revuelto en su sangre, moribundo,
Exclama en su postrera carcajada:
«Que grande artista va á perder el mundo.»





Faint handwritten text, possibly including 'No. 11' and 'C. 10. 18. 25.'

Faint handwritten text, possibly including 'C. 10. 18. 25.'

Handwritten text, possibly 'No. 11'.



INVIERNO

Calla el pájaro triste, muere el día,
La bruma cubre el valle, el sol semeja
Cansado peregrino que se aleja,
Y presto se hundé en la región vacía.

Ni un canto, ni un rumor, ni una armonía,
Junto á la muda y solitaria reja,
Donde en las noches, amorosa queja,
El aura errante murmurar solía.

Viste su chal de nieve la montaña,
Los vientos no acarician la pradera,
Vá por el mundo una congoja estraña.

Y esperando la vírgen Primavera,
Sobre el nido y el bosque y la cabaña,
El invierno agitó su cabellera.





SAN MARTIN

Desplegaron los cóndores el vuelo,
Himno vibrante el mar alzó á su paso,
Cuando iba, como un sol hácia su ocaso,
A hundirse entre las sombras de su duelo.

Ahogar la esclavitud era su anhelo,
Y libre, un mundo, levantó su brazo;
E irguióse á saludarle el Chimborazo,
Agitando su túnica de hielo.

Inspirada sibila del futuro,
América, es más grande en la memoria
De los que fueron su invencible muro,

Su refulgente triángulo de gloria:
Bolivar inmortal, Washington puro,
Y San Martín, gigante de la historia.



ALBORADA

Tras la penumbra del naciente día,
Por ver se asoma, en el espacio abierto,
Ese del alba resplandor incierto,
Núncio de paz y gérmen de alegría.

La triste noche sus fantasmas guía
Del infinito azul por el desierto,
Y á Dios entona, el pájaro despierto,
Jigante coro entre la selva umbría.

Temblar parece, alborozado, el mundo.
Acariciando las marchitas flores,
Cruza de vida un hálito fecundo.

Y entre nubes de espléndidos fulgores,
Como el ojo de un cíclope iracundo,
El sol lanza sus vivos resplandores !





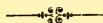
SÓCRATES

Alza la frente Sócrates severo
Y vacila el Olimpo soberano,
Porque ya el libre pensamiento humano
Ha revelado el dogma verdadero.'

Precursor de Jesús; iba, el primero,
A sorprender el insondable arcano
Y derribar, con atrevida mano,
El trono de los dioses altanero.

Hiere con su palabra el paganismo,
Y como nuevo sol, desconocida
Luz proyecta del alma en el abismo.

Y abriendo al porvenir brillante ruta,
Es mas grande en la muerte que en la vida,
Apurando la copa de cicuta.





PARAISO PERDIDO

La tarde iba á morir. El sol poniente
Doraba el cielo con su luz postrera.
Las flores que entreabrió la primavera,
Inundaban de aromas el ambiente.

Con lento paso y actitud doliente,
Va con Adan su triste compañera;
Sobre el umbral del Paraíso, espera
El angel vengador de altiva frente.

Valor, murmura Adan, esposa mía !
Y Eva, llorando, pálida le nombra,
Sintiendo que renace su alegría.

Mas ¡ ah ! tienen espinas por alfombra,
Profunda oscuridad en vez de dia,
Y en el fondo del alma eterna sombra.





NAPOLEON

Del Sena al Nilo, su leji3n guerrera,
Victorioso condujo en su desvelo;
Tembl3 la Europa y en se3al de duelo
Agit3 Bonaparte su bandera.

Cay3 vencida el 3guila altanera,
Que sin rival por la reji3n del cielo,
Se deslizaba con jigante vuelo,
Como un astro sangriento en su carrera.

Cay3 el tit3n! las olas del Oceano,
Amargas y profundas cual su pena,
Decirle parecian: — es en vano!

Ruje, leon prisionero en Santa Elena;
Nadie escucha tu grito sobrehumano,
Nadie escucha el rumor de tu cadena!





EL ABISMO

Ruge la tempestad. Oscuro velo,
Rápido envuelve la extensión vacía,
Y el ronco oleage de la mar bravía
Sus gritos lanza con furor al cielo.

Las olas y el bajel ¡gigante duelo!
Combaten sin cesar. La noche espía.
La nave se hunde. Voces de agonía.
Después... la soledad y el desconsuelo.

Un naufrago. Levanta la cabeza.
¡Socorro! dice. El huracán le nombra.
El éco le responde con tristeza.

Y olvidado de Dios y de sí mismo,
Siente la mano negra de la sombra,
La absorción misteriosa del abismo!





CAMOENS

De Vasco audaz, tu lira resonante,
Canta la fuerte empresa redentora,
Y al eco de tu voz atronadora,
Los mares cruza su bajel triunfante.

Odiséa inmortal! Pobre y errante,
Tu sufrimiento ; oh bardo! el mundo ignora,
Y la fortuna, meretriz traidora,
Con su caricia te embriagó un instante.

Vieja historia del génio! Tu infinito
Afán de gloria estremeció el Oceano,
Cisne doliente, rápsoda proscrito.

Pero triunfa tu númen soberano,
Y viven más que el bronce y el granito,
Tus estrofas, Homero Lusitano!





SCHOPENHAUER

Rodar contemplas el turbión humano:
El mundo estéril, cual gigante ruina,
A su completa destrucción camina,
Y se hunde en los abismos del arcano.

Luego, la noche universal, Oceano
De sombras, que el espíritu adivina;
Ese, tu horrible sueño, que fascina,
Lúgubre y triste pensador germano!

Mientras la humanidad combate y llora,
Y esgrime, por espada, el pensamiento,
El monstruo de la duda te devora;

Y como heraldo fúnebre, tu acento,
Invocando la muerte aterradora,
Repercute en el hondo firmamento!





ATAHUALPA

A Ricardo Palma.

Como una tempestad cruzó los mares
La siniestra legión; estremecidos,
Rodaron en el polvo los vencidos,
Y reinó el extranjero en sus hogares.

El Inca, hijo del Sol, miró sus lares
Por frenética turba envilecidos,
Sus vírgenes violadas, y derruidos
Sus palacios, sus templos, sus altares!

Cayó Atahualpa, el último guerrero;
Su cabeza rodó lívida, inerte,
Del soldado español bajo el acero.

Cayó su raza generosa y fuerte,
Y Pizarro encontró bajo el certero
Golpe de la traición, oscura muerte.





CAIN

¡Baja la noche y enmudece el viento.
Caín, meditabundo, cruza el llano,
Cuando una voz ¿qué has hecho de tu hermano?
Le interroga del alto firmamento.

Desde entonces, tenaz remordimiento
Roe su corazón, como un gusano,
Y en su semblante lívido de anciano
Graba su huella aterrador tormento.

Del crimen formidable peregrino,
Sigue inclinando la marchita frente,
Sin levantar sus ojos del camino.

Y si escucha un acento que le nombra,
De Abel al recordar la voz doliente,
Temblando de pavor, se hunde en la sombra.





SAFO

Mirad! mirad! sobre el peñón saliente
De Léucades, á Safo entristecida,
Pálido el rostro, el alma dolorida,
Deshojadas las rosas de su frente.

Apenas toca con el lábio ardiente
La rebotante copa de la vida,
Contempla su ilusión desvanecida
Y la crueldad de su destino siente.

Donde la lira suspiró de Orfeo,
Soñó Platon su Atlántida distante
Y cantó, como Píndaro, Tirteo,

Por su ingrato Faón, gime un instante.
Y de pronto, en las ondas del Egéu,
Safo infeliz, se arroja delirante!





MISERERE


¶ Cuando al fondo del alma he descendido
Y las hondas miserias he palpado,
Perdóname, Señor, si he blasfemado,
Perdóname, Señor, si he maldecido.

Cayó mi pensamiento estremecido
En la noche funesta del pecado,
Y dentro el corazón llevo enroscado
El áspid venenoso que me ha herido.

Señor ! Señor ! en la feroz contienda,
Donde arrojamos la ilusión perdida,
Para que al cielo su retorno emprenda,

La Fe, cándida flor, cierra su broche;
Y vaso de amarguras, nuestra vida,
Siente en su seno germinar la noche !






EDISON Y FRANKLIN

Hijos de Prometeo, dos titanes,
Arrebatan el fuego soberano,
Bajo el ardiente sol americano
Y á la lumbre de trémulos volcanes.

Allá van! allá van! los huracanes,
Corceles son que domeñó su mano,
Y al tenebroso abismo del arcano
Descienden con homéricos afanes.

Grupo inmortal que cinceló la gloria,
De la divina inspiración ensayo,
En el duro granito de la historia,

El cielo escalan con jigante aliento,
Y mientras Franklin encadena el rayo,
Edison encadena el pensamiento.







MILTON

Ciego inmortal de inspiración divina,
Canta del primer hombre el sufrimiento,
De ángeles puebla la región del viento
Y los espacios con su voz domina.

Su titánico espíritu ilumina
Como el sol, el callado firmamento,
Y elevando hasta Dios su pensamiento,
Solo ante Dios el pensamiento inclina !

Milton contempla el despertar del mundo,
En su primer mañana estremecido
De la luz bajo el ósculo fecundo.

Y en los umbrales del Edén perdido,
Como el canto de un cisne moribundo,
A Eva sorprende en su primer gemido !





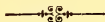
OCASO

Bajan las sombras, agoriza el día;
Rápidos cruzan la extensión lejana,
Celajes de oro, de amaranto y grana,
Últimos besos que la luz envía.

La adusta noche en el confín espía.
Con su lengua de bronce, la campana,
Habla de Dios á la conciencia humana,
Que los hondos misterios desafía.

Abandonan los sueños su palacio.
Se oye jemir un estertor profundo
En las sendas azules del espacio.

Y el sol, al sepultarse en lontananza,
Como vencido atleta moribundo,
Rojos raudales de su frente lanza.





MIGUEL ANGEL

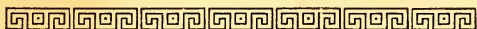
Visionario sublime! Nos espanta
El titánico vuelo de tu mente,
Cuando tu inspiración resplandeciente,
Lucha, pinta, cincela, esculpe y canta!

Sobre las cumbres se posó tu planta,
Sobre los astros se elevó tu frente,
Y del "Juicio Final", entre la hirviente
Confusión, tu figura se ajiganta!

Génio creador! Artista centellante!
Poemas en mármol tu cincél ha escrito,
Donde el númen fulgura deslumbrante.

Y de tu inspiración al hondo grito,
Del rebelde Carrara, palpitante,
Surge Moisés, hablando al Infinito!





PRIMAVERA

El prado, el bosque, la llanura, el cielo,
Bañan del sol los tibios resplandores,
Y saludan los pájaros cantores,
La Primavera, al remontar el vuelo.

Láte la sávia generosa; el suelo,
Túnica viste de lucientes flores,
Y entre enjambres de insectos brilladores
Se aleja, suspirando, el arroyuelo.

Todo murmura y canta y se extremece.
Es la dulce estación en que germina
La mies del surco, y el amor del nido;

Y á Dios oyendo, despertar parece,
En el espacio azul, la golondrina,
Y en nuestras almas, el Eden perdido.





EDAD DE PIEDRA

El hombre antiguo, rey de la espesura,
Con las formas de un Hércules salvaje
Sintió de las miserias el ultraje,
Del dolor y del hambre la tortura.

Vence al león en su caverna oscura,
Su piel le sirve de imponente traje,
Del mar escucha el férvido oleaje
Y á Dios presente en la infinita altura.

Forja el hacha de silex brilladora,
Y del sol á los rayos centellea
En su carcáj, la flecha silbadora.

Cruza el torrente, el ámbito sondea,
Y en su espíritu audaz, dominadora,
La viva luz de la razón claréa.





EDAD DE BRONCE

Es la edad de la Iliada y la Odiséa.
En su lira de bronce Homero canta,
Fidias, el regio Partenón levanta,
Y la estrofa de Esquilo centellea.

Brilla la inspiración; el Arte créa,
Y Roma, que en el triunfo se ajiganta,
El orbe antiguo encadenó á su planta
Y se embriagó con sangre en la pelea.

Cruza los mares fúnebre alarido,
Que de pavor helando al navegante,
De ola en ola se aleja repetido.

Y del ocaso al resplandor incierto,
La voz del paganismo agonizante,
Dice al mundo que Júpiter ha muerto.





EDAD DE HIERRO

La noche medieval. Hóndo lamento
Anuncia el fin del mundo esclavizado,
Y en el heróico pecho del cruzado
Vibra del fanatismo el rudo acento.

Enmudece el altivo pensamiento,
Y símbolo vetusto del pasado,
De trepadoras hiedras coronado,
Frente al muro feudal, se alza el convento.

La negra sombra de la duda avanza,
Ruje la libertad en lontananza,
Y es la ciencia crepúsculo indeciso.

Agonizan los dogmas seculares,
Y en el alma del hombre, los pesares,
Anublan la visión del Paraíso.





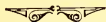
EDAD DE ORO

Pasó la noche. Resplandece el día.
Audáz surcando el piélago profundo,
Colón, sorprende el despertar de un mundo
Que en misteriosa oscuridad dormía.

Képler indaga en la extensión vacía
La ignota ley del astro vagabundo,
Y Guttenberg, innovador fecundo,
Abre á la ciencia esplendorosa vía.

Brilla en la frente del linaje humano,
Con resplandores de inmortal diadema,
La luz del pensamiento soberano.

Lutero agita la razón por lema,
Y el fanatismo se retuerce en vano
Ante el fulgor de la verdad suprema.





EL CANTO DEL PAYADOR

¶ Cuando bajan las sombras de la altura
Y es más limpio el azul del firmamento,
Algo como la nota de un lamento
Se oye cruzar sobre la Pampa oscura.

El libre payador de la llanura
Su queja melancólica dá al viento
Y es la triste guitarra el instrumento
Que traduce el afán de su amargura.

Soplo viril las cuerdas extremece,
El gaucho altivo la cerviz levanta,
El orgullo en sus ojos resplandece:

Y en la dulce vihuela gemidora,
Con el acento enternecido canta
La salvaje pasión que lo devora.







LA CUNA VACÍA

Blandió la Parca, segadora impía,
La segur de su cólera inclemente
Y al infinito desplegó el ausente
Sus álas luminosas como el día.

Junto á la cuna huérfana y vacía,
Llora la madre en actitud doliente,
Llora en silencio, pálida la frente,
Y cual la imagen del dolor, sombría.

Bajo el fulgor de la última esperanza,
A donde cuelga un crucifijo avanza,
Con el semblante de sudor cubierto:

Jesús—dice—por qué me has olvidado?
Por qué, Señor, le arrancas de mi lado?....
Y alguien responde entre las sombras: muerto!





AMOR

¿Cu^ando en el bosque el huracán deshecho
Los árboles doblega enfurecido,
Solo se salva, por pequeño, el nido
Donde el pájaro habita satisfecho.

Tempestades de amor hinchán mí pecho
Por tu hermosura y tu desdén herido;
Ah! tén piedad del pájaro perdido
Que refugio encontró bajo tu techo!

No cruel intentes alejarlo; mira
Cómo si cantas, lánguido suspira;
Cómo tus ansias traducir parece.

Abre tu corazón á los rúmorez
Del dios que anima pájaros y flores
Y que á todas las almas extremece!





LA DUDA

El hombre, fatigado peregrino,
Sigue entre sombras, como el héroe griego,
Bajo el mandato del impulso ciego,
Las pendientes oscuras del destino.

La gloria vana y el placer mezquino
Arrúllanle al pasar con blando ruego,
Pero la Esfinge victoriosa, luego,
Dolor y afanes siembra en su camino.

Edipo desgarrado por la duda,—
El pensamiento, se debate en vano
Con el mónstruo feroz que lo encadena;

Y Antígona piadosa,—ni lo escuda
La Fe con su calor, ni el soberano
Grito del Arte en su interior resuena!







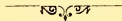
LA QUENA

En el agreste bosque americano,
Como sollozo que los aires llena,
Gime de noche estraña cantilena
Que las brisas conducen por el llano.

Tosco instrumento que labró la mano
Del indio errante, quejumbrosa quena,
La voz traduce y la profunda pena
De las razas del Inca Soberano.

¡Cómo hasta el corazón llega su acento!
Y es fama que á compás de su lamento
Las sombras de los Incas se estremecen;

Jiran en leves, raudos torbellinos,
Y luego, en vaporosos remolinos,
En las huacas oscuras desaparecen.





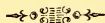
LA ESTATUA

Amo en tí la hermosura esplendorosa,
La hermosura de Vénus Afrodita,
En donde un soplo cálido se agita
Como ardiente promesa voluptuosa.

Amo tu réjia magestad de diosa;
Amo tu suave languidez que incita,
La cándida espresión que en tí palpita,
Los rasgos de tu frente luminosa.

Amo tu espalda y tu redondo seno,
Formas divinas que el cincel pagano
Al Arte arrebató de audacia lleno;

Cuando de Fidias la elocuente mano,
La línea esculpe sobre el molde heleno
Que el artista imitar pretende en vano.





DECADENCIA

¿Cantar? Y para quién? Alguno existe,
Que á desafiarse atreva la corriente
Del vicio corruptor? Quién al torrente,
Con alma estóica, impávido resiste?

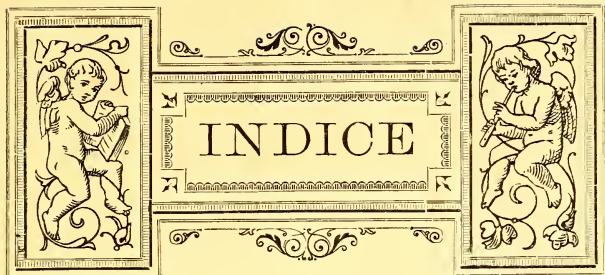
Oh! inspirado Musset! tú comprendiste
El mal profundo, y con sarcasmo ardiente:
Llegamos tarde á un siglo decadente—
En estrofas proféticas dijiste!

¡Inclínate, mortal, ante el Dios Oro;
Estéril vanidad es el decoro;
Patriotismo, virtud: todo es mentira!

¡Oculta, pensador, la frente inquieta,
Y tú, apóstol del arte, y tú, poeta,
Romped el molde y destrozad la lira!







Páginas

Prólogo.....	
<i>Sonetos</i>	I
Jesús.....	3
Satán	5
El Fauno.....	7
Sueños.....	9
Dante.....	11
Triunfo de Baco.....	13
Edgard Poè.....	15
Vértigo.....	17
Voltaire.....	19
Velut-umbra.....	21
Shakespeare	23
Grito de aliento.....	25
Esquilo	27
La Libertad.....	29
Victor Hugo.....	31
Tedium-Vitæ.....	33
Byron.....	35
Sursum corda.....	37
Homero.....	39
Póstuma I.....	41

Valmiki	43
Póstuma XVII.....	45
Lamartine	47
Póstuma LIV.....	49
El soldado argentino.....	51
Juvenal	53
Rebelión.....	55
Pringles.....	57
Ofrenda	59
Bossuet	61
Baile de Máscaras.....	63
A Italia.....	65
Nelson.....	67
Resurrexit.....	69
Andrade.....	71
Garibaldi	73
A Grecia.....	75
Galileo	77
Media Noche.....	79
Nerón.....	81
Invierno.....	83
San Martín.....	85
Alborada.....	87
Sócrates	89
Paraiso Perdido	91
Napoleón.....	93
El Abismo.....	95
Camoens.....	97
Schopenhauer	99
Atahualpa	101
Caín	103
Safo	105
Miserere.....	107
Edison y Franklin.....	109

Milton.....	III
Ocaso.....	II3
Miguel Angel.....	II5
Primavera	II7
Edad de Piedra.....	II9
Edad de Bronce	121
Edad de Hierro.....	123
Edad de Oro.....	125
El canto del Payador.....	127
La cuna vacía.....	129
Amor.....	131
La Duda	133
La Quena.....	135
La Estatua.....	137
Dies Iræ.....	139
Decadencia	141







